



Agrupación de Hermandades y Cofradías de Almería

Exaltación a la Saeta



2004

- Francisco Espinar Aranda -



*Su mirada se desploma triste al vacío
Su aliento fatigado se esconde entre murmullos
Sus manos descarnadas sujetan un recio cuerpo
moribundo
<Movimientos acompasados le conducen al calvario
Desvanecido
Los lirios lloran de sufrimiento
El azahar se marchita
Los pétalos del clavel se estremecen
El viento hiela el almendro
El ave no encuentra refugio
La luz se apoca
La tormenta se cierne
Mas los ángeles vuelan decisos.*

Pasa a primer plano sonido de tambor.
Irrumpe la 1 saeta. Antonia López

*“El sol se vistió de luto
Y la luna se eclipsó,
Las piedras se quebrantaron Cuando el Señor expiró”.*

Mientras el cielo espera, la tierra nos ofrece la vida
Ya huele a azahar
Los almendros florecen
Los pétalos de clavel explotan de belleza
El ave migra con viento cálido
La luz de la tormenta se aleja en el horizonte
Las cornetas acechan
La cera se contrae
Las imágenes cobran el máximo esplendor, dispuestas a recibir el fervor del pueblo... Que le cantan...
Coplas heridas como puntas afiladas excitadas por la devoción

Saeta 1. Luis el de la venta

*“Desatarle las muñecas
y curarle las heridas y llevárselo al calvario y entregárselo a María en su santísimo brazo”.*

Autoridades eclesiásticas, Presidente de la Agrupación de hermandades y cofradías, cofrades, amigos, estimado público, buenas noches.

Quiero expresarles mi agradecimiento por la presencia de todos ustedes aquí esta noche, como también manifiesto mi admiración a la Agrupación por el notable atrevimiento mostrado al distinguirme Exaltador de la Saeta en esta VII Edición.

Este encuentro social, celebrado en el calendario en los albores de la Semana Santa, es uno de los actos que, a mí personalmente y a la familia de Onda Cero, nos resulta especialmente entrañable ya que su génesis tuvo lugar en la propia redacción de Radio Almería, idea que germinó una vez que Manolo Martínez fue designado Presidente de la



agrupación en su primer periplo, conduciendo esta actividad con notable éxito hasta la fecha de hoy.

La saeta es un fraterno abrazo con los sentimientos, un conjunto de recuerdos y ensoñaciones que nos transportarán a las calles de nuestra tierra donde se honra a la divinidad con el dolor jubiloso de las marchas procesionales y con las notas melancólicas y alegres de unas piezas musicales que se convierten en parte indisociable del gran acontecimiento religioso.

Un embeleso de notas, ritmos y cante que huelen a incienso, que recuerdan los gentíos apasionados a las puertas de los templos, que transmiten la fe de los costaleros, que incorporan el rigor disciplinante de los nazarenos y que acercan la personalidad de un pueblo que ama a sus Cristos y a sus Vírgenes entre melodías turbadoras heredadas de generación en generación.

Porque la saeta es una oración hecha cante. Una modalidad de cante flamenco de motivo religioso. Y aunque sus orígenes y vinculación a la Semana Santa no estén suficientemente definidos, lo probable es que sus formas iniciales fuesen adaptaciones de antiguas salmodias litúrgicas católicas dentro del mundo expresivo de las tonás.

Algunos autores afirman que fue creada por los judíos conversos para convencer a la iglesia de su conversión al cristianismo y que la cantaban aunando en ella la máxima devoción y su más terrible desesperación.

También se dice que tuvo su origen en los almuédanos andaluces, cuyo oficio consistía en convocar a la oración a los fieles mahometanos desde el minarete.

Dice la leyenda que posteriormente quedó olvidado este canto hasta que en una ocasión que llevaban a una dehesa a los condenados en un auto de fe, la madre de uno de ellos, transida de dolor, cantó la canción de los almuédanos y puso tal sentimiento en su cante, tal pena, que impresionado vivamente el pueblo hizo que en ocasiones análogas se siguiera repitiendo.

Se trata, pues, de un cante desgarrado que transmite el dolor de la pasión, la devoción del creyente y la esperanza en la resurrección.

Aunque nos importe su origen, descubrirlo, para comprender con acierto su procedencia, lo que realmente resulta trascendente es conocer que la saeta es intemporal por que la saeta, como todo amor verdadero, no tiene edad. Siempre está naciendo.

Nace detrás de cada garganta desgarrada. Nace delante de una imagen de Cristo azotado, coronado, crucificado o de la Virgen, dolorosa y angustiada en sus altares de primavera, en una angosta calle, desde un balcón que se contrae, a las puertas del templo que le da cobijo.

Precedentes exaltadores de la saeta, entre los que se encuentran mis queridos Juan Aguilera y Rafa López Usero, han aportado notoriedad y prestigio a este acto, felizmente institucionalizado.



Sus conocimientos enriquecidos de paisajes ilustrados, de verbo ágil, representaron una magnífica recreación de toda la simbología que encierra el universo de la saeta.

Me preguntaba cómo debía hilvanar el desarrollo del acto y que elementos cimientarían la estructura del mismo.

Volcar la tendencia de la exaltación hacia la métrica de la saeta -pocos versos tratados de un modo gráfico y expresivo de lenguaje corto y directo- la profundización en la temática de la pasión de Cristo con Dios hecho hombre que se sacrifica y muere por el pueblo, que adorna el contenido de estas coplas heridas de amor, centrar el mensaje en describir como estos tratados de vida espiritual quedan incluidos en el acervo musical y literario del cante flamenco o convirtiéndolo en un acto en el que el verdadero protagonismo lo obtengan las voces de nuestros artistas Antonia López y Luís El de la venta, que ese cante sagrado y profundo impregne esta solemne capilla del convento de las Hermanas Clarisas, que felizmente tienen a bien cederlo para convertirlo en el refugio de la saeta, regalándonos anualmente una noche inolvidable “de oraciones silvestres y espontáneas con algo de copla y algo de sollozo, es la cifra y compendio de la devoción andaluza” que dijo Pemán o como decía Caballero Bonald:

“bastión de la saeta, santuario reducto invulnerable, urna de encristalada estirpe melodiosa, desde donde la tierra va gestando la purificación de sus plegarias”.

Numerosas son las formas, todas distintas, que se pueden utilizar para sustantivar algo tan magnético y conmovedor como la saeta.

El ejercicio de la exaltación, desde cualquier prisma, alberga nutrientes que enriquecen aún más un asunto que nos ocasiona a todos un formidable respeto y una extraordinaria admiración.

El maestro Machado elevó a los altares la saeta con un poema perteneciente al universo de lo sublime, sintetizando en cuatro versos todo el sentimiento que inunda el sentir del pueblo andaluz. Estampas claras y rotundas de momentos dolorosos de pasión.

Saeta 2. Luis el de la venta.

*¿Quién me presta una escalera para subir al madero y desclavarle los clavos
a Jesús el Nazareno?*

Saeta 2. Antonia López

*¡Cantar del pueblo andaluz, que todas las primaveras, anda pidiendo escaleras para subir a la
cruz!*

¿Cómo poder describir con palabras un torrente de profundo sentimiento que nace del mismo corazón pareciendo a veces llegar como un mensaje divino desde alguna naturaleza superior?

La saeta es como el aliento que nos une a la vida y a la muerte.

Es como el viento que madura cada metro a la búsqueda del infinito. Es como las mareas que se elevan bulliciosas encontrando un delta de esperanza.



Es como sacar el alma del tiempo, como sucede en cada momento sublime y como le ocurre a la propia vida, lo que importa no es la longitud sino la profundidad de lo vivido, la profundidad de lo sentido.

La saeta pertenece a ese mundo oculto, acaparado únicamente por los misterios del alma, porque es en el alma donde vive y del alma escapa para penetrar en el alma de quien la recibe. Es una gran manifestación de amor, de amor por el dolor, de dolor, de fe, de esperanza de pasión.

De amor desconsolado por el sufrimiento más profundo, de amor orgulloso del que sufre por los demás, de amor escondido, de amor oculto que se propaga cada primavera con luna llena.

¿Cómo hablar de algo que con una fuerza desgarradora se dirige a nuestros sentimientos como cuchillos que desbordan pasión?

Pasión esculpida por la emoción de una Almería abierta a una de las encrucijadas geográficas del mundo, con montañas de formas suaves, sobre un mar esmeralda de esperanza, con un sol recio crecido en la cal, noches estrelladas dibujadas sobre un firmamento cristalino, ramblas y tierras resacas animadas por una vegetación propia, colores vitalistas amplificados por una luz cegadora, tierra de gente acogedora, poblada desde hace milenios, en la que, los que nacimos en otros lugares, nunca nos sentimos forasteros.

Aben Charaf decía:

*¡Valle de Almería!
¡Nunca Dios consienta que me vea privado de ti!
A la luz de tu sol que es de oro. Ante el mágico azul de tu mar. Almería,
Quien te ve, no te puede olvidar.*

Amanecía una mañana, no una mañana cualquiera, una mañana de floreciente primavera, las primeras luces del día de aquel jueves, se insinuaban con la silueta del cabo. Me despertó un incesante murmullo, una interminable peregrinación se había iniciado poco antes de las 4 y media.

Desde mi cobijo observaba un intenso trasiego al que no estaba acostumbrado a esa temprana hora. Decidí salir. Quería ser testigo de lo que sucedía. Todas las calles que confluían en la plaza de la Catedral hervían de gente.

Partí desde la plaza Bendicho, lugar este que, cuando no está en obras, se convierte en uno de los remansos de serenidad de la ciudad, en donde el tiempo parece detenerse una vez que se sacuden los ruidos de la urbe.

Criada en uno de los brazos de la propia catedral, fue denominada en otra época plaza de los Alamos, de los olmos, de la princesa o de la revolución. Desde allí no es difícil sentarse y pensar en lo que se fue.

Recreé mi mirada un instante al pasado e imaginé la catedral - fortaleza en pleno apogeo, guareciendo a los almerienses de la época de los ataques de los piratas argelinos y berberiscos, obligados por la desaparición de la antigua catedral destruida tras el terremoto de 1522 y el peligro que aquellos representaban lo que propició las singulares características



deconstrucción de esta magnífica mole hermética flanqueada de cubos y coronada de almenas.

Un suspiro después me encontraba en plena plaza de la Catedral.

Sobrecogido por la visión, me detuve atentamente en la observación de la apertura de las puertas del Templo, entre una muchedumbre expectante apareció el silencio, ese silencio que también guarda en sus entrañas la saeta, silencio que parte de la mano del cantaor, que en silencio marca el compás de la saeta.

El silencio, como muestra de respeto, desde la devoción me invitó a reflexionar intentando comprender el misterioso consorcio del dolor con la alegría, de lo humano con lo divino, del amor con el sueño y de la vida con la muerte que llamamos Semana Santa. Un tiempo sagrado que se convierte en frontera de nuestros días y donde no es preciso buscar a Dios porque el mismo Dios aparece siempre al volver cualquier esquina.

Un sentimiento tan íntimamente ligado a nuestro ser y a nuestras esencias que nos obliga a vivir la permanente contradicción de gravitar sobre la tierra y volar de ella, de amar lo efímero y desear que siempre permanezca.

Cuenta la leyenda que su aparición se produjo tras permanecer emparedado en una casa de nuestra ciudad - en la calle Lope de Vega - otras versiones apuntan a que fue un regalo del obispo Fray Diego a la Iglesia, que compuso en las ruinas de la mezquita mientras hacía la catedral, sea como fuere, su veneración se remonta más de 300 años por el túnel del tiempo, presentando una devoción popular que ha llegado inmaculada hasta nuestros días. Con liturgia, el templo abre sus puertas de madrugada, de un jueves de una Semana Santa cualquiera, y allí aparece Él.

Sereno, sublime, silencioso, escuchando las plegarias:

*“Al Cristo de la Escucha
Escucha por 3 veces Tras la pared se oyó Escucha, Escucha, Escucha.
Escucha nuestro llanto Escucha, Escúchanos”*

Saeta 3 Antonia López.

Remonté vuelo de una forma irregular, como intentando degustar Almería desde el aire, a golpe de las maniobras del viento. Caía la tarde de un día cualquiera de un mes fronterizo con el verano.

Las tonalidades del atardecer invitaban a realizar una mínima, pero intensa parada sobre uno de los vetustos tejados del antiguo barrio de coca en dirección al siguiente destino. La contemplación de esos momentos grandiosos me hacía sentir ínfimo.

Todo era minúsculo ante la explosión de colores que reflejaba el cielo limpio de Almería.

El ocaso del día se resistía a decir adiós. Parecía sujeto por unas imaginarias bambalinas configurando un escenario embargado de tonalidades doradas.



Este barrio, que agrupa estrechas vías en torno a la calle de las tiendas, se llamaba de Coca por el semibarrullo que cerraba las murallas a la entrada del paseo justo en las proximidades de la musulmana Puerta de Pechina.

Retrocedí en el tiempo, dirigí mi mirada a la Calle de las tiendas, que lleva más de 10 siglos manteniendo el tipo, el trazado y la anchura, el oficio y el nombre, ubicada en el antiguo camino de Pechina de la Almería califal y la Carrera Real de los Reyes Católicos siempre presentó el esplendor que aspira legítimamente recuperar algún día. Sus palpitations eran las palpitations de Almería. Bulliciosa, inquieta, calle de encuentros y desencuentros, de intercambios. De diálogo y contacto. De comunicación y conversación. De tránsito. Llegué a mi destino. La Iglesia de Santiago se muestra colosal bajo la vigilancia de su enorme torre románica de 55 metros. Levantada en 1559 por Juan de Orea sobre el solar de la antigua ermita de Santa Lucía.

Observé su hermosa portada de estilo plateresco y aproveché la apertura de su puerta para conmovirme al penetrar en su interior.

Me dirigí hacia el bello retablo barroco de madera dorada y disfruté de su contemplación.

Hasta que su imagen inundó mi mirada. Nada le devuelve al ser humano su más íntima capacidad de encontrarse a sí mismo como el rescate más dulce de sus mejores recuerdos. Y recordé a mi madre y a la madre de todas las madres.

*“Soledad, tú no estás sola.
Que la ciudad de Almería, tu pena contigo llora Y a tus plantas noche y día, están, celestial
señora
Rindiéndote pleitesía, tus cofrades que te adoran.”*

Saeta 3. Luis El de la Venta.

Elegí un nuevo itinerario para buscar el siguiente destino.

A través del contorno del cerro de San Cristóbal, en uno de los barrios más antiguos de Almería, con más de diez siglos de existencia - al que los pobladores de la reconquista bautizaron con el nombre de “barrio de las piedras” - denominación que mejoraba la áspera fonética del recodo.

Ascendí hasta la Ermita de San Cristóbal para contemplar de cerca la imagen en honor al Sagrado Corazón de Jesús.

Me recreé con el espectáculo incomparable, casi de culto, que ofrecía la ciudad. Antes la Almería horizontal cuyas azoteas se abrazaban en torno a las torres de las parroquias, ahora su crecimiento vertical dibuja un nuevo horizonte con el símbolo de Cabo de Gata como tótem majestuoso.

Desplazado hasta la Plaza Vieja, plaza de los mercados y de las fiestas de la Almería musulmana zoco y coso que tuvo su continuidad en la Almería cristiana. Plaza Vieja, del mercado, de la constitución, de la libertad, Plaza Real, de los moros, la ciudad ha visto desplazarse los centros neurálgicos de su vida cotidiana a otros lugares.



Pero ahí está ella, bella, recogida en silencio, solitaria pero orgullosa, centenaria plaza que conoce las entrañas de la ciudad, que sabe todo de su Almería. Y que espera que desde las paredes que dan cobijo al Ayuntamiento se propugnen iniciativas que la conviertan en el baluarte de vida pública que fue.

En un suave y corto vuelo alcancé la plaza de la catedral, que con su nueva fisonomía cobra un aspecto inédito. Acceder al interior del templo catedralicio resultó relativamente cómodo. Lo hice a través de un diminuto hueco de la cubierta exterior. Le busqué. Quería encontrarme con Él en soledad. Allí estaba maniatado. Sobrecogido por su aspecto casi humano, le miré en silencio, sin necesidad de hablar, con la palabra de la mirada y el aliento contenido:

Lleva las manos atadas El corazón lleva herido Pero miles de promesas Van consolando al Cautivo

Saeta 4 Antonia López

El recio muro de cierre de la frontera sur de la Catedral fue testigo de mi salida. El aspecto indestructible multiplicaba su robustez con el decorado de lluvia que el cielo había preparado. El color oscuro adoptado por la piedra le otorgaba un aspecto invulnerable.

Desemboqué en la calle hospital, en la que se conserva el único edificio civil del siglo XVI que da nombre a la vía, con cerca de 500 años, acogió a los primeros enfermos en 1555. Así, el denominado Hospital Real de Santa María Magdalena, conserva entre sus paredes un auténtico museo de sabiduría completa de las parcelas que albergan la historia de esta ciudad. Me desplazo por las calles de la almedina animado por el fortuito encuentro con niños que toman las calles en un ejercicio de resistencia a las nuevas formas que imperan en las capitales.

Este barrio desprende el aroma de esos lugares que se mantienen orgullosos de su pasado a pesar del escamoteo de sus propios bienes al que le han sometido las guerras y los terremotos, la decadencia comercial así como las reformas urbanas. Cicatrices, que han servido para amplificar su apabullante personalidad.

Alcanzo la calle Pedro Jover envuelto por las imágenes de cómo tuvo que ser el centro comercial y religioso de la Almería musulmana, de la ciudad vieja o ciudad interior con ramificaciones infinitas de calles estrechas que no excedían los 3 metros, callejones en recodo, casas y mezquitas entre vías menguadas y sinuosas, aún hoy pasearlas constituye una reliquia del ayer en donde se suceden fotografías idealizadas del esplendor pretérito.

Por sorpresa, irrumpen más nubes cuestionando la tiranía del sol, la tarde es oscura, la lluvia resbala por las paredes de una de las numerosas viviendas altas que rompen la armonía del entorno, vuelo sobre la confluencia de la calle de San Juan, al girar alzo la vista, el horizonte verde de matorrales y chumberas se funde con rocas caprichosas que terminan abrazados a las almenas de la alcazaba. Me detengo para deleitarme ante la jerarquía de la alcazaba, como gran vigilante de los sueños de la ciudad.

Me encuentro en el límite del territorio de la desaparecida catedral -mezquita, a pocos metros del nuevo destino en donde dice la historia se asentaba una bella fuente con un leoncico de metal, de donde manaba abundante agua, uno de los muchos activos históricos que aparecieron destruidos aquél infausto día de 22 de septiembre de 1522, en el terremoto



asolador que destruyó Almería y en el que “no quedó casa ni cosa iniesta”, el acta del cabildo celebrado por los canónigos supervivientes decía *“todas las casas de esta ciudad se cayeron”* *“el terremoto ha sacudido la cindadela y su templo catedral, juntamente con todos los conventos derribándolos por tierra ¡qué desgracia inaudita!”*.

Construida sobre los cimientos de la antigua Catedral Mezquita, la Iglesia de San Juan tuvo el orgullo de ser denominada por las gentes de la época como Catedral nueva o Catedral de la almedina, ahora, desde su porte sereno pero nostálgico, ve pasar la vida en silencio, sabedora de la admiración que despierta como símbolo de encuentro cultural.

La lluvia ha servido para refrescar el alma vitalista de la ciudad, me cobijo en el interior de la Iglesia de San Juan. Me encuentro en el lugar adecuado. El destino de mis ojos se dirige hacia el único mihrab almohade que se conserva en España, descubierto hace menos de un siglo, y que da testimonio del polvorín de restos de civilizaciones anteriores que se ocultan aún bajo el suelo de este barrio.

Vuelvo la mirada y le observo en paz.

Me desplazo unos metros entre luz y misterio, voces del pasado que dejan ecos reverenciales, hasta concentrarme en su imagen desgarrada de sufrimiento interior.

*“Cristo de la Buena Muerte
Vengo a pedirte perdón Te dejo en prenda mi vida Mi alma y mi corazón”*

Saeta 4. Luis El de la venta

Envuelto entre innumerables preguntas reinicio la senda que me guiará hasta La Esperanza.

Desde arriba, a vista de pájaro, apreciando con claridad las huellas del trazado urbano del primitivo arrabal, me inspiro sobre la calle Almedina y no puedo reprimirme en volver la vista atrás, me sacude la curiosidad de una llamada de atención que me obliga a detener la soltura del vuelo. En la distancia me recreo en una de las cientos de postales cotidianas que encontramos de paseo por Almería.

Las palmeras, azotadas por bocanadas de viento, sobresalen vanidosas varios cuerpos por encima de los muros del cuartel de la misericordia, se enfrentan en un canto de añoranza con los sólidos muros de sillería de la portada exterior de la Iglesia de San Juan. A mi derecha la Alcazaba a mi izquierda el mediterráneo.

La secuencia reúne todos los ingredientes para acelerar un furtivo retorno al pasado en una imagen propia de la ciudad que se nos alejó y que reconstruyó su origen en complicidad con el tiempo. En la naturaleza se encuentra escrito el libro de la propia vida después de la pasión y el sufrimiento llega el momento culminante de la resurrección.

La resurrección de ese Dios que murió por Amor.

La ciudad crucificada por el terremoto resucitó y se extendió sobre una tierra herida.

La visión de las calles interiores decora mi paseo aéreo, me elevo levemente hasta establecer contacto visual con el mediterráneo, me seducen los encuentros y ahora me



persuade el encuentro entre cielo y mar, ese encuentro en el horizonte infinito poblado de esperanza y libertad. La Catedral espera y su espera es anhelo para mí.

De carácter peculiar, por la mezcla de estilos arquitectónicos, la fusión de los que empiezan con los estilos que acaban, vuelve a distinguir a esta, como una tierra de encuentros, incluso en los pequeños detalles.

Esta circunstancia nos certifica lo prolongada de su construcción. Una diminuta oquedad en el lateral de la puerta de los perdones permite mi entrada en el templo. La rebelión del silencio acababa de iniciarse.

Transcurrieron segundos, minutos, horas hasta que el tiempo desapareció.

Ella es casi noche, casi alba, tiene la gracia prodigiosa de los ángeles, rodeada siempre de oraciones y promesas su caminar por las calles de Almería se convierte en un desfile de perpetua Esperanza en la que los corazones entablan con ella un coloquio apasionado de miradas cómplices que buscan promesas fortalecidas por la Esperanza.

“La noche parece día A gloria repica el alma Cuando sale de su templo La Virgen de la Esperanza.”

Saeta 5. Antonia López

Llegada la madrugada nos dirigimos a la última estación en busca de nuestro último paseo, recorreremos precipitados los caminos anteriormente retratados. En mi recuerdo las flores, las únicas flores que siempre permanecen frescas y radiantes de esplendor, como si la primavera fuese la única estación que adorna el año, las que cada Semana Santa se depositan en las ventanas de este convento al paso de las imágenes veneradas en sus altares de primavera. Las flores entregadas desde el corazón nunca se marchitan.

Es martes Santo, un martes que evoca perdón flanqueado por el silencio de las cruces. Realista y mística, sensual y ascética, inquieta y agitada por lo humano, aunque busque reposo y esperanza en lo trascendente. Así es la Semana Santa que corre por las venas. Por eso celebramos con sonos de fiesta la pasión, muerte y resurrección de Dios. Ese Dios, al que el poeta llamó:

“Varón del cielo, lirio sin reproche temblor de sangre y paz que leve oscila una cruz larga y en la fiel pupila de amoroso caudal, blando derroche”

Saeta 5. Luís El de la venta

Y ese Dios vive. Vive para que vivamos, para que sea siempre primavera en nuestro pueblo, para que nuestro azahar no se marchite, nuestra cal no se enturbie y nuestro sol no se extinga.

Para que podamos seguir viviendo la historia de siglos donde se mezclan las voces y los ecos, las luces y las sombras, la razón y el deseo.

La memoria de la Semana Santa se convierte en un refugio que sirve para moldear el barro de la vida. Nada mejor para propiciar un encuentro íntimo con uno mismo que evocar los mejores recuerdos.



Y esos, los buenos y los malos, los de alegría y la pena, siempre están sumergidos en la grandeza inexplicable de un paso andando por la calle. En cada esquina, en cada chicotá, en cada voz del capataz, en cada cirio, en cada saeta hay un jirón de nuestras vidas.

Y viendo a Jesús entrar triunfante en Jerusalén, o padeciendo el tormento con humildad y paciencia O caminando en el silencio nazareno de la noche O crucificado en el amor a sus hijos O muerto de la única muerte que venció a la muerte, Todos estamos viendo lo mismo, pero todos estamos viendo cosas distintas.

El viento de primavera testigo presencial de la noche santa del martes cimbreaba los cuatro fuegos que recorrían las calles de Almería.

A hombros, caminando con un marcado acento reverencial, haciendo poesía del paso, costaleros del perdón que representan a todos los costaleros de todas de las cofradías, esos que cargan sobre sus hombros esos altares de teología popular, de religión a veces intuida, que simbolizan la fe de nuestro pueblo en la divinidad.

Esos costaleros a los que no les podremos agradecer bastante sus esfuerzos heroicos por andar como manda la historia y la sangre.

Camino del templo que le da cobijo, del que con maestría milimétrica partió, una vez el sol se perdió en el poniente, demando un momento de encuentro interior.

Me elevo desde la Puerta Purchena, buscando la profundidad de la calle de Las Cruces. El silencio invade la fisonomía de la ciudad. Un silencio roto por los golpes acompasados de un tambor herido.

Me detengo bajo un balcón frente a una imagen que me estremece, austera y solemne, con cientos de pétalos a sus pies que representan cientos de voces clamando Perdón.

A mi lado.... la voz del alma de un saetero que canta:

*“Que no te pongan claveles
Santo Cristo del Perdón
Que hechos de sangre los tienes
Dentro de tu corazón”.*

Saeta 6. Antonia López

Sin equipaje, pero con la determinación del viento, desplazo mis movimientos evocando las imágenes de pena profunda sólo sujeta por un pórtico de esperanza de esas mujeres cofrades que son sudarios de pasión y que iluminan la pena honda de la Virgen con su andar sereno, con su sabiduría de siglos y con el hábito de la mantilla como homenaje a la tradición y a la elegancia.

La saeta sabe mucho de mujeres, y de pasiones, y de emociones, y de fuego, y de desgarros, Y de entrañas, Y de rabia, de súplicas y misterio. De amor y de desconsuelo. De dolor humano y de silencio. De perdón y de resurrección.



Extasiado por el recorrido, pero satisfecho por la intensidad de lo vivido, inicio camino de regreso a ninguna parte hasta que la sombra de un viejo almendro me invita a posarme.

Allí la distancia del tiempo no fue obstáculo para entender al protegido de Dios, Almotacid, quien desesperado por el estado de sitio al que le sometieron los ejércitos africanos almorávides, se alejó caminando en solitario y una vez destronado de su reino de Almería, se detuvo al cobijo de un almendro donde murió de tristeza, una vez que supo que nunca más volvería a ver a su tierra.

Las voces prodigiosas de Antonia López y Luís El de la Venta y el tambor de Javi Gibaja han convertido esta noche “la saeta” en plegaria sonora y dan cumplimiento de la vieja sentencia de que:

*“Mi pueblo, en Semana Santa
Levanta al cielo la voz Quebrándose su garganta Cuando se muere el Señor Y una saeta le
canta”*

Saeta 6. Luís el de la Venta

Muchas Gracias.

Almería, a 6 de marzo de 2004

Iglesia Conventual de las Claras